

más que una voz, la del gobierno, la de sus agentes. La situación de la prensa era en este punto de las más humillantes y todavía más deplorable que la de las Asambleas públicas. Una simple estadística lo dirá mejor que la más elocuente disertación. De los doce diarios á los cuales había dejado reducida la prensa de París, el decreto consular del año VIII, gracias á las nuevas supresiones ordenadas por Bonaparte, ya no quedaban más que ocho, contando esos ocho diarios un total de 18.630 suscritores. Esa cifra significativa da sobrado testimonio de la indiferencia del público; pero si no leía esas hojas mal pergeñadas, no era por un olvido mal entendido de sus propias intereses, sino por una convicción sobrado justificada de no encontrar en ellas ni la sombra de una opinión independiente. Esos diarios severamente mantenidos bajo la inspección de una policía desconfiada y brutal, siempre temblando por su existencia que una sola palabra podía comprometer, no tenía otro cuidado que adivinar la intención del amo limitándose á comentar tímidamente las noticias que se les permitía publicar. En cuanto á los libros, los libreros no podían ponerlos en venta sino á los siete días después de haber remitido un ejemplar á la policía, á fin de que se pudieran detener tan pronto se tuviera noticia de una obra mala tal como el poema de *La Pitié*, ó el libro del ciudadano de Sales. El pobre Sales había escrito un libro insignificante sobre la revolución, y Bonaparte escribió carta tras carta para que lo echasen del Instituto porque deshonraba ese cuerpo. ¡Hé aquí á que estado de degradación había caído esa prensa de París en otro tiempo tan brillante y estimada en el mundo entero! ¡Esta prensa, que, algunos años antes, contaba entre sus filas un Mirabeau y un Camilo Desmoulins! Y el que había tanto contribuído á reducirla á este estado de abatimiento, lejos de estar desarmado por la impotencia en que estaba de per-

judicarlo, parecía todavía no saciado con el espectáculo de su envilecimiento: la mano de la policía le parecía aún sobrado ligera y dulce; le reprochaba su lentitud y sus atenciones; así llegó una vez á escribir hasta tres cartas un día al gran juez Regnier para estimular su celo. En la una le invitaba á que respondiera á los propietarios del *Journal des débats* y del *Publiciste*, por haber publicado nuevos recortes de periódicos alemanes relativos á pretendidos armamentos en los puertos de Rusia. En la otra, se le ordenaba que mandase al propietario del *Ciudadano francés* que cambiase uno de sus redactores. En la tercera le prescribía que prohibiera á los diarios la reproducción «de las noticias públicas tomadas de las gacetas extranjeras.» Por lo demás, añadía, siempre les queda libre á los periodistas la reproducción de las noticias que pueda publicar el diario oficial. Es decir, que tenían derecho de copiar al *Moniteur*; ¡esta era la única libertad que se les había dejado!

Así no sólo le estaba prohibida á la nación francesa toda discusión política, sino que las noticias, los mismos hechos, esta parte material, inmutable, indestructible de la verdad, que es independiente de nuestras interpretaciones y que, tan pronto ha sido, permanece eternamente, sólo debía conocerlos en la medida de las conveniencias del gobierno. Por ese medio todos los hechos que habían podido servir para juzgar su política é ilustrar los espíritus estaban de derecho suprimidos. Un suceso no existía sino cuando el *Moniteur* lo había comprobado y legalizado. Nelson pudo destruir nuestra marina en Trafalgar, ese hecho insolente no fué reconocido. Y ¡ay! ¡del que se hubiese atrevido á hacer alusión á esa desgracia! Sólo principió á existir á la caída del imperio. Esto ya no era el despotismo del antiguo régimen. Para encontrar algo parecido es necesario retroceder hasta la barbarie asiática.



## CAPITULO XI

### FIN DEL CONSULADO

Política reservada de Bonaparte. —Enfriarse sus relaciones con Moreau y Bernadotte. —Rompe con Fouché. —El miedo de los emigrados. —Cómo se reconcilió Bonaparte con Fouché. —Cómo se creyó una garantía dada por Bonaparte de su sinceridad revolucionaria el asesinato del duque de Enghien. —Cómo Bonaparte aprovechaba las conspiraciones contra su vida para su engrandecimiento. —Bonaparte y Cambaceres tratan del establecimiento del imperio. —Repugnancia de Cambaceres. —Teme un conflicto diplomático. —Comunica Cambaceres á Lebrun sus temores. —Profecía de Cambaceres. —Cómo procuró Bonaparte hacerse suyo al Senado. —Senadurías vitalicias: sus dotaciones. —Cómo se planteó la cuestión en el Senado. —El poder hereditario. —Oposición á este proyecto. —Encuéntrala Bonaparte en el seno de su misma familia. —Bonaparte reserva contestar al Senado. —Su irritación al ver que con el poder hereditario no se le ofrece el imperio: 27 de Marzo de 1804. —La cuestión diplomática. —Por qué Bonaparte fué admitido emperador. —Alianza entre Prusia y Rusia. —Cuando se firmó. —Austria pide para su emperador igual título. —La cuestión en el Consejo de Estado. —Oposición de los antiguos convencionales. —La cuestión en el seno de la familia de Bonaparte. —Declara Bonaparte heredero suyo al hijo de Luís y de Hortensia. —Protesta de Luís. —Su fundamento. —Protesta de José. —Procura conciliarles. —Quedan excluidas de la sucesión las familias de Luciano y Gerónimo. —Resuélvese por fin el establecimiento del imperio: 23 de Abril de 1804. —Preséntase la cuestión en el Tribunal. —Contesta el primer Cónsul al Senado: su discurso. —Cure y Carnot en el Tribunal. —Vota éste el imperio: 3 de Mayo. —Neufchateau proclama el imperio en el Senado. —Cómo quería el Senado salvar la libertad. —Indignación de Bonaparte. —Sométese el Senado. —Anodinas reformas políticas. —Establécese la monarquía. —Los decretos. —La lista civil. —Los grandes cargos palatinos. —El mariscalato. —Gregoire, Garat y Lanjuinais en el Senado: 18 de Mayo. —El Senado se presenta en Saint-Cloud. —Discurso de Cambaceres. —Indiferencia de París. —Situación de Francia: *E. Martín*.

**I**NCOMPRESIBLE durante mucho tiempo la política personal de Bonaparte, no fueron pocos los que creyeron posible la traición del primer Cónsul, es decir, su venta á los borbones, y todo por los grandes agasajos de que eran objeto los nobles emigrados que regresaban á París aceptando su generosa pero no desinteresada protección. Esto produjo grandes rozamientos y disgustos, y no hay duda que esta fué la causa de que se enfriaran las relaciones entre Moreau y Bonaparte. Otra ruptura no menos importante fué la de Bonaparte con Fouché. Esté vió siempre con malos ojos el regreso de los emigrados y la restau-

ración de la antigua nobleza. En este punto Fouché continuó siendo siempre jacobino; recuérdese lo que le dijo á la de Recamier en 1806. Bonaparte envió á su hombre de gobierno al Senado, y como Fouché no se mostrara resentido por su desgracia, Bonaparte se confió á él en el asunto de las conspiraciones, y ya hemos visto como el ex-abate jacobino se condujo en este punto.

Fouché, que indudablemente pecó en este particular por exceso de celo, pecó también como tantos hombres republicanos que hicieron suya la causa de Bonaparte por miedo. Lo que más asustaba á los hombres de la revolución era el regreso de los bor-

bones; les habían hecho demasiado daño para que no temieran su regreso, y los realistas no habían andado en todo tiempo cortos en amenazas. Cuando, pues, hombres como Fouché eran solicitados para hacer daño á los borbones, en cuerpo y alma, se entregaban á los que les solicitaban, porque cuanto fuera agrandar la valla que separaba á Bonaparte de los borbones, tanto más era proveer á su seguridad. La fosa que encerraba el cadáver del duque de Enghien les pareció á todos una prenda segura de la imposible conciliación de Bonaparte con los borbones. Desde este momento pudo el primer Cónsul contar con su firme adhesión.

Ya hemos visto como Bonaparte sabía aprovechar las ocasiones para elevarse. La máquina infernal le valió el Consulado vitalicio. La conspiración de Cadoudal le valió el imperio. Si ahora recordamos cuán bien supo explotar el primer atentado, se convendrá que en el segundo tuvo tal vez no poca parte su deseo de encontrar la ocasión que buscaba para hacer que fuese declarada hereditaria su autoridad.

Bonaparte y Cambaceres trataron extensamente la cuestión. Cambaceres tal vez por un último rastro del antiguo cariño que había tenido á la república, procuró en vano disuadir al primer Cónsul de sus pretensiones. Recordábale Cambaceres, que puesto que su autoridad no tenía límites, y la república no existía más que de nombre, dejara que este nombre sonara en bien de la tranquilidad pública, y que no quisiera un título más de los que poseía, ya que este título ni en poco ni en mucho había de aumentar su autoridad. Veía también Cambaceres peligro en tomar una nueva posición vis á vis del extranjero. Temía que al querer tomar asiento entre los monarcas europeos, estos no rechazasen al advenedizo. ¿Acaso no existía este estado de cosas en Francia? ¿Los hombres del antiguo reino, no tenían una invencible repugnancia por los hombres de la revolución? ¿Cualquiera que fuera su posición social no les consideraban en ella como advenedizos?

Pero Bonaparte estaba decidido, y resistirle era todavía alentarle más en su empresa. A los hombres de temperamento fuerte no hay como la contradicción para hacerles estallar. Cambaceres vió esto claro, no era tampoco hombre para imponerse ó para oponerse, y se resignó. Enteró de todo cuanto pasaba á Lebrun, y le dijo á éste, quien sabe si llevado de la idea de que Lebrun se lo repitiera á Bonaparte:—«Que ya todo había acabado, y que se podía considerar la monarquía como restablecida; pero tengo el presentimiento de que lo que se edi-

fica ha de ser poco duradero. Hemos hecho la guerra á Europa para darle repúblicas hijas de la República francesa; ahora la haremos para darle monarcas hijos ó hermanos del nuestro, y Francia postrada acabará por sucumbir en esas locas empresas.»

Tener tan clara intuición del porvenir y dejar que se cumpla lo que se teme y lo que se prevé, ha de ser para una alma recta un martirio atroz. Y que Cambaceres fué un buen profeta, es harto sabido, y toda la historia napoleónica lo prueba.

Lograda la adhesión de Cambaceres que era el hombre que mandaba en el Senado, pues Sieyes no parecía sino que se había propuesto como en los días de la revolución «vivir,» tal era su pasividad y falta de iniciativa; la intervención ó iniciativa del Senado pareció cosa fácil de conseguir, ó mejor aún, se dió por conseguida.

Bonaparte no descuidaba por su parte el empleo de todos los medios que podía hacer fácil su triunfo. Creó, aun siendo primer Cónsul, unas senadurías vitalicias ricamente dotadas y con grandes patrimonios y residencias semireales en los departamentos destinados á premiar los grandes servidores del Estado, pero en realidad, destinadas á recompensar á los que le sirvieran á él. Estas senadurías eran objeto de las más exquisitas atenciones, y cuantos se creían con títulos bastantes para merecerlas, se esmeraban en servir á Bonaparte, en adelantarse á sus deseos para que fueran ellos los agraciados. Fueron estos hombres los que cuando se trataba en conferencias privadas de ofrecer el poder hereditario á Bonaparte, se esforzaban en convencer á sus colegas recalcitrantes de la necesidad de que tornara la iniciativa el Senado, no fuera que se adelantara el ejército, y cayeran los senadores en desgracia. Es decir, se anteponía el interés personal y particular á la conveniencia pública, y los senadores estaban dispuestos á proclamar el imperio, pero, por amor á las senadurías. Sin embargo, de lo que se trataba ahora era de ofrecer á Bonaparte, al primer Cónsul, el poder hereditario como si la causa que impulsaba á esta resolución hubiese de desaparecer por el mero hecho de esta declaración.

¿El poder público vinculado en la familia Bonaparte iba á poner término á las tentativas de asesinato que es lo que se quería al parecer impedir? La creación de una dinastía no había de desarmar á los partidarios de otra dinastía. Además si se creía que, con que su hombre desapareciera había de desaparecer la situación que él informaba, ¿cómo habían de creer esos hombres que el Consulado hereditario se había de sostener con José ó Luciano Bonaparte, si

éstos por más que su hermano hubiese hecho en favor suyo, especialmente del primero, cuanto estaba en su mano para darle relieve, sólo había conseguido hacer de él un mediano diplomático?

Ya lo hemos dicho, esto era una cuestión napoleónica, es decir, Napoleon estaba empeñado en ello, y si Cambaceres fué desoído, y fué desoída la misma familia casi en masa opuesta á modificar el estado de cosas existente, más desoídos habían de ser los que repugnaban hacer una concesión cuya consecuencia inmediata prevenían que iba á ser el restablecimiento de la monarquía. Cuando, pues, se llevó la cuestión al Senado, la oposición se limitó á murmurar. La gran mayoría del Senado votó en favor del restablecimiento del poder hereditario. Gregorio estaba aún al frente de los que resistían.

Bonaparte volvió á la táctica que tan buenos resultados le había dado para alcanzar el Consulado vitalicio. Hasta aquí se había conseguido que el Senado haciendo suyos los mensajes que el pueblo, las corporaciones y el ejército habían enviado á raíz de la muerte del duque de Enghien, pidiendo que el poder se perpetuara en la familia de Bonaparte fuera ya un hecho. Pero á este Consulado hereditario correspondía otro nombre, y este nombre no lo había pronunciado el Senado. Interin, pues, era necesario dejar la cuestión en suspenso, y esto es lo que hizo Bonaparte. El día 27 de Marzo le dijo al Senado que estimando en mucho lo que se le proponía y concedía, creía que era necesaria una madura reflexión antes de resolverse.

A lo que parece Bonaparte estimaba que sus amigos se habían precipitado. Temía aun que el ejército lleno de jefes y de soldados republicanos no tomara á mal el restablecimiento del poder hereditario, y como esto no lo quería él si no implicaba el restablecimiento de la monarquía, creía Bonaparte que no se debía hacer nada si no se contaba antes con la seguridad de que sería reconocido por las potencias extranjeras, á lo menos por Prusia y Austria, y esto no se veía muy factible, y lo era tanto menos, sólo que esto entonces se ignoraba por cuanto Prusia andaba entonces en tratos con Rusia para celebrar un tratado secreto de alianza que se firmó el 24 de Mayo, esto es, al saberse la proclamación de Bonaparte como emperador, porque Prusia temía que Bonaparte no continuara haciendo su antojo en Alemania. Pero Rusia estaba aún enojada con Prusia, y su rey, falto de su apoyo, cuando fué consultado sobre la transformación del consulado en monarquía hereditaria, contestó favorablemente.

Austria que tampoco había dicho una palabra á

propósito del asesinato de Enghien, cuando se le habló de lo que Bonaparte proyectaba se apresuró á conceder lo que se le pedía pero á condición de que Bonaparte reconociera á su vez á Francisco II como emperador de Austria, título que quería tomar al ver vacilamente cada vez más la dignidad imperial que desde últimos del siglo XV gozaban los simples reyes de Austria.

«Bonaparte,—dice Martín,—se juzgó ya en situación de poder acabar de una vez.

»Como hemos dicho, distaba mucho su proyecto de encontrar en su alrededor una adhesión unánime. El mismo Consejo de Estado, era, en el fondo, desfavorable al cambio proyectado. Los antiguos convencionales, Beslier, Treillard, y otros, hasta el mismo Boulay de la Meurthe, el apologista del 18 fructidor y del 18 de brumario, hablaron en el Consejo contra el poder hereditario.

»El sentimiento personal de Bonaparte no estaba por la herencia pura y simple á la manera de la antigua monarquía. Entendía guardar el derecho que se había hecho atribuir, como Cónsul vitalicio, de elegir su sucesor, y, como no contaba tener hijos de Josefina, después de haber soñado con el divorcio, quería adoptar al hijo de su hermano menor Luís y del hijo de su mujer, Hortensia de Beauharnais.

\* »Hubo sobre esto, escenas extrañas en la familia Bonaparte. Luís Bonaparte, en vez de aceptar lo que se proponía, protestaba de ello con cólera. La singular afección que el primer Cónsul manifestaba por el hijo de Luís y de Hortensia renovaba los rumores que habían circulado en grande acerca de relaciones culpables entre el primer Cónsul y la hija de su mujer. El joven Luís Bonaparte, como ya se recordará, habíase visto hasta cierto punto forzado por su hermano á casarse con la hija de Josefina, y esa unión había sido muy desgraciada.

»José, el hermano mayor del primer Cónsul, se unió á Luís para rechazar con exasperación el proyecto de adopción que le alejaba á él del trono lo mismo que á sus hijos. Esta familia se disputaba por adelantado la Francia como si fuera su presa.

»El primer Cónsul, delante de esta rebelión de los suyos, modificó su plan sin renunciar á él y prometió á José y á Luís hacerles entrar en la línea de sucesión, de la que separaba á sus dos hermanos Luciano y Gerónimo, de los que estaba descontento. En un Consejo privado celebrado el 23 de Abril entre los principales personajes del gobierno, se resolvió la cuestión del restablecimiento de la monarquía hereditaria. Decidióse que el primer Cónsul tomaría el título de emperador. No hubiera acepta-